

Antonio Pérez-Esclarín

Neoliberalismo y felicidad

Soy de los que piensan que la felicidad tiene que ser la meta de todo hombre sobre la tierra. Y esto hay que repetirlo hoy más que nunca, cuando pareciera que el tema de la felicidad no tiene cabida, dado que nos encontramos golpeados por las mil formas de la violencia, la frustración y la desesperanza, sentimos que el país se nos está yendo de las manos, y la mayoría de las personas experimenta la vida no precisamente como algo gozoso o feliz, sino como sobresalto, carencia, agresividad, ira, tedio, aburrimiento...

Yo me considero una persona que vive bastante bien, sí —voy a atreverme a escribir la palabra— feliz. Tengo la enorme suerte de vivir mi trabajo como educador de una forma apasionada, fascinante. Ese trabajo me proporciona un sueldito que si bien anda por los niveles de la canasta básica, me basta para vivir —mi familia y yo— con holgura y tener satisfechas nuestras necesidades fundamentales (será que nos contentamos con poco). Por todo esto, me considero un ser muy privilegiado si me comparo con la mayoría de la gente, tanto de los de arriba como de los de abajo. A los de abajo los admiro cada vez más. Admiro sobre todo su creatividad, su solidaridad, su esfuerzo, su combativa paciencia, pues sólo a punta de mucho de todo esto se las pueden arreglar para lograr sobrevivir sin trabajo fijo o con un sueldo realmente miserable. Yo, con sólo la idea de no tener trabajo, me pongo a temblar, y no se de qué sería capaz si los hijos me lloraran de hambre. Los de arriba me sugieren una pila de imágenes, pero no precisamente la de la felicidad. Y como para mí la felicidad es realmente lo único importante y no me preocupan nada ni las variaciones de la bolsa ni ninguna de esas cosas que tanto les «estresan» y sobresaltan a ellos, me considero muy privilegiado respecto a ellos. Sobre todo, respecto a ellos.

Si a mí mis ideas me sirven para vivir bastante bien y hasta creo que alcanzan para salpicar un poco de felicidad a los que viven a mi alrededor, a lo mejor, después de todo, no estoy «pelando» tanto y estas

cuatro ideas tan simples y desguazadas, puedan contribuir a que, siquiera, alguno esboce una de esas sonrisas de las de verdad, que reconcilian a uno con la existencia.

ESQUEMA TEOLOGICO, FILOSOFICO Y POLITICO MUY SENCILLO

Mi esquema teológico, filosófico y político es extremadamente sencillo y apunta precisamente a eso: a lograr la felicidad. Por esto, me imagino la cara de desconcierto que van a poner los de esquemas complicados y difíciles, si alguno de ellos llega a leerme. Lo dudo seriamente pues, he descubierto que los sabe-lo-todo no se dignan escucharnos ni pierden su tiempo leyendo las zoquetadas de los que no sabemos tanto. Ultimamente me ha dañado por asistir a algunos seminarios, foros, conferencias... (y hasta he participado en algunos). He visto con creciente desconcierto cómo las «personalidades invitadas», esos a quienes presentan con un terrible curriculum y que luego pretenden tapar su vaciedad citando a una pila de tipos raros, echan su discursito o conferencia, responden apresuradamente algunas preguntas y se marchan, sin plantearse, aunque sea por un mínimo de educación, escuchar a los demás que si tuvimos que calárnoslos a ellos. Debe ser que, como están convencidos de que se las saben todas, ni les pasa por la cabeza la idea de que quizás alguno tenga algo que decirles.

Pero dejemos la acidez, y volvamos a mi esquema, que dije ser sencillo:

No me cabe en la cabeza la idea de un Dios-Padre que nos creó para hacernos sufrir y para que nos freguemos en este «valle de lágrimas» hasta que el cuerpo y el espíritu resistan... Yo, que sé bien lo imperfecto y mala-gente que soy, quiero para mis hijos la mayor felicidad. Y si Dios es un Padre infinitamente bueno y misericordioso...

Entiendo también que Dios tomó tan en serio al hombre (y por supuesto, Beatriz, a la mujer) que los hizo nada más y nada menos que «a su imagen y semejanza».

Esto, que se dice y se escribe rápido, significa en mi corto entender que tenemos la misión de seguir creando y recreando el mundo, la sociedad, hasta convertirla en una especie de CASA GRANDE, en un HOGAR, donde quepamos todos, empezando por los más débiles, como dicen que pasa en los accidentes de los barcos. Para que no nos engañemos pensando que ya lo hemos logrado y no se nos suba el ego de salvadores ante el menor logro parcial, nos puse como meta la comunidad perfecta del Dios Trinidad (¡Casi nada! ¡Na guará! ¡Qué molleja!...).

Entiendo que cuando Dios vio que la humanidad andaba toda desrumbada por ahí, dedicándose a todo menos a hacer una CASA GRANDE, pensó en darnos una lección magistral y no se le ocurrió nada mejor que convertirse él mismo en lección: Eso es Jesús, el propio Dios hecho lección magistral para insistirnos por activa y por pasiva que todos somos hermanos y que el amor debe ser la guía de todo nuestro actuar. Verdad que al pobre le salió cara la lección. Pero esos son los riesgos que desde siempre tienen que estar dispuestos a correr los verdaderos educadores.

Por creer además en la igualdad esencial de todos los hombres y que todos tenemos los mismos derechos a la vida, y a una vida igualmente digna, entiendo que la organización política tiene sentido precisamente para que todo el mundo tenía garantizada esa vida y el disfrute de esos derechos que, por supuesto, conllevan el cumplimiento de los respectivos deberes. En este sentido me parece magistral la expresión de Bolívar de que el mejor gobierno es el que garantiza la mayor dicha —o felicidad— a sus ciudadanos. Y esto me parece magistral no porque lo dijera Bolívar, sino porque evidencia un gran sentido común y tiene un profundo contenido igualitario. Pero, fíjense bien, la mayor dicha o felicidad para los ciudadanos del presente, no para las generaciones futuras o sólo para los chamitos recién nacidos o que están a punto de nacer... Eso de sacrificar una generación para que la siguiente viva mejor, no se parece. Eso a mí me huele a genocidio. Y yo por lo menos desapunto a mis hijos del proyecto de sociedad que les hacen un montón de genocidas. Más aún si nos piden que nos sacrifiquemos todo sonrientes para así ellos pasar a la historia, y al mismo tiempo uno los ve muy preocupados, según dicen por la historia, pero mientras tanto bien entregados al disfrute voraz de todos los deleites del presente (de los que nosotros debemos privarnos para que ellos pasen a la historia). Porque yo, de puro bruto, no puedo entender cómo alguien que se dice y se supone inteligente, y además profundamente demócrata, puede decir —y exi-

gir— que él necesita para vivir honradamente por lo menos unos 150.000 bolívares al mes, y de inmediato, nos pide a los demás —y nos exige— que lo hagamos por quince mil o menos. Este señor que tanto vocea su fervor democrático nos está diciendo con el contundente lenguaje de los números que él considera que vale por lo menos como diez de nosotros. Y eso yo no puedo ni quiero aceptarlo. Como tampoco su idea de democracia que él levanta sobre las bases de una desigualdad tan descarada. Además, cuando yo veo a uno de esos tipos de sueldos cientomilitantos, y lo comparo pelo a pelo conmigo, la verdad que yo no veo tan claras las diferencias a su favor...

ESA BRUTAL IDEOLOGIA QUE PRETENDE ACABAR CON TODAS LAS DEMAS

¿Y qué tendrán que ver todas estas consideraciones con una cosa tan seria y tan de especialistas como es el Neoliberalismo? Pues eso: que me preocupa que por todas partes se habla de indicadores macroeconómicos, de niveles de producción, de leyes del mercado, de índices bursátiles, de balances positivos..., y a casi nadie se le ocurre apuntar al único indicador que a mi me parece que debe ser el primero de todos: el de la felicidad de la gente que es lo que realmente importa. Con este indicador debemos evaluar no sólo la actual sociedad, sino la que prometen a los sobrevivientes al final del camino, y evaluar también el propio camino. No vaya a ser que después de tanto número, tanto indicador, tanta sesuda elucubración, tanto consejo de los expertos extranjeros, tanta bomba lacrimógena, ballenazos, peñillas y balas para enrumbarnos por donde debemos ir, resulta que no llegamos a donde queríamos ir y nos entreguen al final del camino una forma de vida que podrá parecerse a cualquier cosa, menos a una sociedad de hombres felices.

Hoy casi todo el mundo se presenta como neoliberal. Es la moda. Algunos incluso se empeñan en presentarnos al neoliberalismo no como un camino entre otros posibles, sino como «el» camino. Es decir, que no hay otro. O agarras por aquí o te condenas a vivir perdido en los parajes enmontados del subdesarrollo. Los que no piensan así son, por decir lo menos, unos «demodé», unos quedados en buen criollo, que perdieron el tren de la historia y quedaron atrapados por ideologías caducas, cuyas falsedades y falacias ha develado bien la inexorable realidad.

Pero yo pienso que no hay peor bruto que el que se cree inteligente, y no entiendo cómo pueden proclamar el fin de las ideologías en nombre precisamente del

Neoliberalismo que, más que otra cosa, es una enorme ideología. Una ideología que se apunta en una falacia, el libre mercado, y en la tergiversación total de los valores humanos fundamentales pues propicia la insolidaridad, el individualismo narcisista y el consumismo salvaje. Por ello, privilegia las leyes del mercado y a las élites económicas que dominan los monopolios y los oligopolios a costa del empobrecimiento extremo de las mayorías. Por ello, las inversiones en capital humano —educación, salud, convivialidad...—son cada día más exiguas y menos importantes. Propone una democracia electorera y oligárquica —de cogollos— como soporte de una brutal dictadura económica, y teme tanto a la democracia con base popular y social. Y si la seudodemocracia electorera y cogollocrática resulta inapropiada para imponer su visión de progreso, economía, cultura y sociedad, se busca sin el menor pudor, en nombre por supuesto del orden y la seguridad, el férreo poder de la dictadura.

Les confieso que cuando yo me he atrevido a expresar mis dudas sobre las bondades absolutas y definitivas del Neoliberalismo, he sentido sobre mi rostro la mirada compasiva de uno de estos neoiluminados. Esa mirada yo la interpreto más o menos así: «Ay, carrizo, se nos quedó el muchacho... Con lo inteligente que parecía... Está claro que si uno no se actualiza... Tendríamos que enviarlo a algún cursito del IESA a ver si no está irremediablemente perdido...» Cuando me miran así, yo me veo en sus ojos como un tipo que acabara de descender (si no del árbol) sí de

alguna de esas subdivisiones del paleolítico inferior. Y yo, la verdad, puesto a elegir, como que prefiero parecerme a un fornido Homo Neandenthalensis que a un frívolo yuppie, o a un unidimensional, aburridísimo y (por si fuera poco, corbatado) Chicago-IESA-boy.

ALGO SOBRE LA FELICIDAD

Ahora, para ser coherentes con el título de este artículo, vamos a decir algo sobre la felicidad. Empezaremos superando todos esos estereotipos de esas personas que, cuando uno anuncia el tema, ponen una cara muy seria y se lanzan con eso de que «la felicidad no existe» y cosas por el estilo. Por supuesto que la felicidad no existe como algo que uno se consigue por ahí o puede comprar en uno de esos megacentros comerciales que, según dicen, venden de todo, y que uno se la mete en el bolsillo o en la maleta del carro y se la lleva para la casa. Como no existe tampoco la bondad, la blancura, el amor... Pero todos conocemos personas más o menos buenas, blancas, que aman o que son felices. Las personas felices son aquellas que, sin importar que alguna vez tenían dolor de muelas o se peguen sus buenos bostezos de cansancio o de aburrimiento, disfrutan de la vida, tienen como una especie de alegría permanente, se encuentran plenos, a gusto. Y si uno se pone a pensar en sus propias alegrías, que son como los indicadores de la felicidad, concluye que uno está alegre cuando alcanza algo que deseaba, cuando tiene sus necesidades fundamentales satisfechas, cuando

*La felicidad no
existecomo algo
queunose
consigüepor ahí
opuede
compraren uno
deesos
megacentros
comerciales*



realiza un buen trabajo, cuando le reconocen lo que ha hecho o le toman en cuenta su esfuerzo, trabajo, cuando se siente valorado y querido, cuando se encuentra con amigos..., cuando, en definitiva, las cosas le salen bien. Es por consiguiente, la unión con el bien lo que produce la alegría.

La alegría es, pues, un efecto, un premio que nos viene por algo bien hecho o bien poseído. Por ello, si alguien pretende buscar directamente la alegría, sin preocuparse por el bien, se condena a no encontrarla. Es lo que suele pasarles a los que confunden alegría con placer, que por ser gozo sensible, es pasajero, inconsistente, y tiene sus propios límites que, si uno trata de forzar, consigue el efecto contrario: dolor, tedio, fastidio... Es sabroso y placentero comer cuando se tiene hambre o beber cuando se tiene sed, pero seguir comiendo y bebiendo cuando uno está ya lleno es un verdadero tormento. Una sana relación sexual es algo en extremo gratificante, pero pocos tormentos peores que seguir pidiéndole gozo a una carne satisfecha.

Si uno busca directamente la alegría cuando lo que en realidad busca es el placer, se encuentra con que el placer mismo es una barrera para llegar a la alegría, que es una satisfacción de orden espiritual y que, por ello, no se agota mientras dure el bien en el que se apoya.

Para mí que todas las imágenes de felicidad que nos quieren vender los neoliberales que tanto se esfuerzan y gastan para convencernos de que debemos comprar, hacer y consumir lo que ellos quieren, tienen que ver con el disfrute sensorial, con el placer, con el hedonismo, y no precisamente con la alegría, con la plenitud humana.

Pero volvamos unos pasos atrás. Dijimos antes que la alegría es el efecto de algo bien poseído o bien hecho. En este sentido, una sociedad de la alegría será aquella en que la gente —toda la gente— pueda tener acceso a los bienes fundamentales, y en primer lugar a la vida, bien que sirve de sustento a todos los demás. Esto supone que los bienes están bien distribuidos y que las carencias de unos no son consecuencia del acaparamiento de otros; una sociedad donde la alegría real de las personas y no la acumulación de objetos o las leyes del mercado es lo que realmente interesa. De aquí que el indicador principal de la bondad o no de toda posible propuesta de sociedad y, por consiguiente, de todo proyecto político, tiene que ser si garantiza o no el disfrute a todos de los bienes esenciales. Es imposible una sociedad de personas alegres, felices, si sienten sus vidas amenazadas, sin comida, sin agua, con unos servicios que se experimentan y sufren como algo tormentoso y traumático y no como un bien.

A mí, repito, me importa bien poco que la economía ande con una excelente salud si es incapaz de procurar bienestar a la gente.

Nos hemos referido hasta ahora a la alegría como consecuencia de algo bien poseído, y por consiguiente, a su imposibilidad sin poseer lo necesario o poseyendo lo que les pertenece a otros. Digamos ahora algo de la alegría como consecuencia de algo bien hecho.

No es fácil ganar a la gente a la idea de que el hacer bien las cosas que uno tiene que hacer puede ser fuente de alegría y de felicidad. Nos hemos acostumbrado a considerar el trabajo como un mal, algo que uno tiene que hacer porque no queda otro remedio, y solemos asociar la alegría y la felicidad con el ocio, con algo que se logra después del trabajo o cuando se está de vacaciones. De hecho, la sociedad no se cansa de magnificarnos a las personas que pueden vivir sin trabajar, es decir que, como los zánganos, viven del trabajo de los demás. Por todo esto, no es fácil hablar del trabajo como un bien, fuente —y fuente principal— de alegría y felicidad. Para esto se requiere que uno tenga trabajo, que ese trabajo le dé para vivir con dignidad, y que uno lo pueda asumir gozosa y creativamente. Es decir, trabajo donde quien lo hace, el trabajador, es mucho más importante que lo que hace o su producto. Si no es fácil convencer a la gente de que el trabajo es un bien, debemos por lo menos admitir que todos hemos experimentado una gran satisfacción las veces que nos hemos esforzado por hacer bien las cosas y lo hemos conseguido. Sobre todo si, con eso, hemos beneficiado a otros.

Se trata, en breve, para hacer del trabajo fuente de felicidad, de buscar la excelencia en la cotidianidad de lo que cada uno hace: tratar de ser el mejor secretario, el mejor chofer de autobús, la mejor enfermera, la mejor maestra, el mejor albañil, el mejor abogado... Donde la palabra mejor recobra toda su dimensión técnica, estética y ética. Hacer lo que uno hace todos los días como si de esa acción dependiera el destino de la humanidad es fuente de alegría para el que realiza la acción y para todos los que se benefician de ella. Con frecuencia decimos u oímos decir que el modo más seguro de encontrar la felicidad es haciendo felices a los demás, pero pareciera, a juzgar por el modo en que actuamos, que no nos lo creyéramos demasiado. Yo suelo decir que hasta por puro egoísmo deberíamos ser generosos.

A mí esta idea de que el trabajo bien hecho es fuente de felicidad me la enseñó una cocinera. Ya antes me la había enseñado mamá, pero de tanto estudiar, de tanto leer libros, de tanto ir de una universidad a otra, me volví bastante bruto y olvidé esta

lección fundamental. Afortunadamente, me la reenseñó una cocinera. Gracias, Rosita. Rosita es una mujer que lleva cocinando para otros como cincuenta años. Esa mujer pela las papas, elige las carnes, sazona las ensaladas como si le estuviera preparando el almuerzo a la Santísima Trinidad o a una convención de los máximos dirigentes del mundo que se hubieran reunido para imaginar un mundo feliz. Esa bendita mujer ha sido capaz de convertir la rutina en una aventura diaria y siempre nueva. En sus manos, las cebollas y zanahorias pierden su ser terrenal de raíces y se transforman en manjares de los dioses. Rosita vive la perfección de su trabajo y por ello es capaz de unir sin esfuerzo alguno la técnica, la estética y la ética. Por supuesto, la comida le sale sabrosísima. Y aunque ella casi ya ni come, disfruta enormemente viendo cómo los demás disfrutan de su comida. Por eso, cuando llega un invitado inesperado, Rosita no frunce el ceño, sino que se le encienden los ojos de puro gozo.

Una mujer que se la pasa creando alegrías es, por supuesto, una mujer profundamente alegre, feliz. Aunque cada vez le pesen más los años y vuelva del mercado golpeada por el calendario y por esos precios que, en sus propias palabras, «son una grosería, un verdadero escándalo».

Cuando Rosita oye las noticias y ve cómo esos sabelotodo se esfuerzan con sus galimatías y términos complicadísimos por explicarnos lo inexplicable, exclama: «No, mijo, esos tipos lo que están es locos».

Neoliberalismo y felicidad? Como que no se aparejan tan fácilmente. Y eso porque los neoliberales sabrán mucho de economía —o eso es lo que ellos piensan— pero como que saben bien poco de la vida, del ser humano, de la felicidad. Por eso no me resulta nada convincente su empeño por vendernos esa imagen de felicidad totalmente superficial, consumista e insolidaria, y su modelo de hombre —y de mujer— tan aburrido, monótono y vacío, incapaz de mirar un poco más allá de su propio ombligo. Yo prefiero pensar como Rosita «que esos tipos lo que están es locos».

Pero no vayan a pensar que soy un tipo cerrado, dogmático y completamente prejuiciado. Juro que si logran convenirme con hechos de que el Neoliberalismo es el camino hacia una sociedad de hombres plenos, libres y felices, no sólo me convertiré en un ferviente neoliberal, sino que hasta pienso dedicarle un poema. Eso sí, que no me vengán presentando como ejemplos de plenitud humana sociedades tan horreguiles y unidimensionales como la japonesa, o tan racistas, insolidarias y narcisistas como la europea o la norteamericana. Sigán, por favor buscando.